9237

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁ

LO QUE NO VÉ LA OPULENCIA

DRAMA TRÁGICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

JOSÉ POSTIGO ACEJO

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1886

27

LO QUE NO VÉ
LA OPULENCIA

DRAMA TRÁGICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

JOSÉ POSTIGO ACEJO

Estrenado con éxito en el Teatro Cervantes, de Málaga, la noche del 25 de Octubre de 1885.

MÁLAGA

TIP. DE LA VDA. É HIJOS DE J. GIRAL

1886

PERSONAGES

SOLEDAD.	*Sra. D.ª*	*Silveria del Castillo.*
MARIA	*Srta.* »	*Teresa Gambardella.*
ALBERTO.	*Sr. D.*	*José Ruiz-Borrego.*
D. VENTURA..	» »	*Enrique Herrera.*
UN INSPECTOR.	» »	*José Raggio.*

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion LÍRICO DRAMÁTICA de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Sala reducida y escesivamente pobre.—Al foro izquierda, y en sentido horizontal, una cama, en donde aparece enferma María.—Junto á la cama, mesa de noche y sobre ésta un jarro blanco y vaso con agua.—Al foro derecha, mesa con tapete; y cerca de ella un sillon antiguo. Sobre esta mesa, y sugeto en la pared, un cuadro representando la Vírgen: ante la imágen, una lamparilla encendida. Sillas viejas.—Puerta al foro y á la derecha.—Está anocheciendo.—(Entiéndase derecha é izquierda, la del público.)

ESCENA I.

MARIA, durmiendo. SOLEDAD, junto á la cama contemplando á su hija.

SOLEDAD. ¡Pobre hija mia! ¡Cuánto sufre! ¡Qué penoso es, Dios mio, sentir sus padecimientos y no poder aliviarlos..! ¡Qué sueño tan intranquilo! ¡Con cuanta dificultad respira...! ¿Me abandonarás, María de mi alma...? ¿Y cómo nó, si tus desdichados padres no pueden proporcionarte ni áun las medicinas que quizás te devolvieran la salud perdida...! ¡Si es tan miserable nuestro estado, que pasamos la vida porque la caridad de vez en cuando tiende sobre nosotros su manto de consuelo...! ¡La caridad! Hoy más que nunca la llamo, y el silencio de la soledad responde á mis ayes de amargura...! ¡Cuándo, Señor, derramarás sobre nosotros los hermosos destellos del radiante sol de tu divina misericordia!

674068

MARIA. *(Con voz muy débil.)* Madre... madre... agua..! Me abrasa... la sed...!

SOLEDAD. *(Toma el vaso y dá agua á Maria.)* Bebe poca; esto no puede hacerte provecho... ¿Te sientes mejor?

MARIA. Sí; déjame... descansar... *(Vuelve á quedar aletargada.)*

SOLEDAD. Contínuamente así; aletargada por efecto de horrible calentura...! ¡Fiebre, ven á mí! ¡Apodérate de mi ser todo, y deja de atormentar á este pedazo de mis entrañas! En esta desventurada mujer, habrá maldad y habrá culpa; pero en ella, que es ángel del cielo, solo hay virtud, solo pureza! Descarga pues, Dios mio, los rayos de tu ira sobre la pecadora que te ofende, y aparta de la inocencia el peso de tu castigo; porque sinó, me harás que dude de la divina justicia...! Oh! nó, nó...! ¿Qué he dicho...? ¡Si dudo de Dios, cómo esperar de Él la salvacion de mi hija?

ESCENA II.

DICHAS y ALBERTO por el foro.

SOLEDAD. *(Llorando.)* ¡Alberto! ¡Alberto!

ALBERTO. ¿Qué, está peor Maria? *(Llega á la cama y besa á su hija.)*

SOLEDAD. Está mal, muy mal. La calentura no la deja.

ALBERTO. Calla, no nos oiga! Separémonos de aquí. *(Vienen á la derecha.)* ¿Vino el médico?

SOLEDAD. Sí; qué bueno es! Si vieras con cuanto interés la estuvo reconociendo!

ALBERTO. Y bien, ¿qué dijo?

SOLEDAD. La encontró grave, muy grave. Ahí sobre la mesa está la receta que dejó.

ALBERTO. *(Con amargura.)* La receta...! Te digo, Soledad, que no sé como hemos de traeer las medicinas... y ello es preciso! Yo he visto ya á cuantas personas conozco: á todas les he contado nuestra desesperada situacion... y en vano! Na-

die puede hacer nada por mí...! ¡Si vieras...! me asaltan á veces tan negros pensamientos...!

SOLEDAD. Oh! calla! Dios nos abrirá puertas...! Mira, hace ya rato, mandé á una caritativa vecina á empeñar un medallon que conservo de mi madre; es objeto de mérito escaso, aunque para mí de inapreciable valor. D. Ventura, el dueño de la agencia en donde están todos nuestros muebles, tiene buen corazon; y cuando sepa en la miseria que nos encontramos, algo dará por él, y de este modo....

ALBERTO. ¿Y si ese D. Ventura no acepta la prenda?

SOLEDAD. En tal caso... Pero Dios no querrá que esto suceda!

ALBERTO. Ojalá; porque de lo contrario, veo imposible traer las medicinas, y por consiguiente inevitable la muerte de nuestra hija....! ¡Morir mi María! ¡Esta idea me desespera! Morir ella, porque á su padre falta un poco de dinero, de ese miserable metal que á tantos sobra...! ¿Cómo no quieres que al pensar en esto me vuelva loco, y cómo quieres evitar que se agolpen á mi mente tenebrosos pensamientos, si al cerebro dá ideas el espíritu, y el mio se halla envuelto por las tinieblas de la desesperacion?

SOLEDAD. Confiemos en Dios, que no desampara á sus criaturas!

ALBERTO. Ah! si no fuera por eso, si no confiára en Él, ¿crees tú que pudiera soportar tanta desgracia..? Dáme la receta que dejó el médico. *(Soledad toma un papel de la mesa y lo entrega á Alberto.)* Voy á salir en busca de algun amigo... nó! de algun padre, que pueda comprender mi pena, y que por caridad me preste algun dinero.

SOLEDAD. ¿Y por qué no esperas la contestacion de don Ventura?

ALBERTO. Porque pasa el tiempo, y nuestra hija sufre, y quiero calmar su sufrimiento!

SOLEDAD. Pues vé, vé, y quiera Dios que consigas tu objeto.

ALBERTO. Lo conseguiré, estoy seguro! *(Se acerca á la*

cama.) ¡Pobre hija mia! ¡Qué pálida está ..! *(Mostrando la receta que tiene en la mano.)* Si es verdad que en este papel ha escrito la ciencia lo que á tu salud conviene, juro por el cariño que te tengo, que pronto acabarán tus sufrimientos! He de encontrar lo que deseo, porque mendigaré si es necesario; porque contaré mi pena á todo el mundo; invocaré el sagrado nombre de Dios; diré que tú, mi hija de mi alma, está enferma, enferma de gravedad...! Y al que yo le diga que padeces, y pudiendo socorrerme no lo haga, soy capaz de arrancarle el corazon, para que todos vean, que no debe ocultar un pecho humano, corazon que no abriga sentimientos!

SOLEDAD. Alberto, me horrorizas!

ALBERTO. Nada temas. Voy á desengañarme si en esta sociedad en que vivimos, hay seres que respondan al grito de la desgracia. Si no los hubiese, si en vez de hombres compasivos encuentro fieras.....

SOLEDAD. *(Interrumpiéndole.)* ¿Qué harás?

ALBERTO. A la fiera se le acecha y se le mata!

SOLEDAD. ¡Calla, por piedad! No sabes lo que dices! ¿Crees, por ventura, que en el mundo no hay padres tan buenos como tú? Hay seres perversos, es indudable; pero tambien se encuentran nobles y generosos.

ALBERTO. ¿Sí? Hoy he de verlo. *(Besa á su hija.)* Adios, volveré pronto.

SOLEDAD. ¿Pero, á quién vas á buscar, desdichado?

ALBERTO. No lo sé; pero encontraré lo que necesito! *(Vase foro.)*

ESCENA III.

LOS MISMOS, menos ALBERTO.

SOLEDAD. Ah, pobre padre! Cómo comprendo por lo que yo sufro, los tormentos horribles de tu alma, y cómo puedo apreciar la intensidad de tus dolores que son los mios...! Inútiles serán tus gestiones:

hoy, como otros dias, volverás á tu casa, de donde saliste abrigando hermosas ilusiones, marchita la flor de la esperanza por el rudo vendabal del desengaño!

ESCENA IV.

DICHAS y D. VENTURA.

VENTUR. *(Desde el foro.)* Señora...

SOLEDAD. Ah! D. Ventura; pase usted. *(D. Ventura se sienta en una silla que le ofrece Soledad y ella ocupa otra.)*

VENTUR. ¿Cómo sigue la niña?

SOLEDAD. Mal, muy mal. Hoy el médico la encontró bastante grave, y mi corazon de madre me anuncia que voy á perderla para siempre!

VENTUR. Quién sabe...! quién sabe...! No hay que desesperar...! *(Pausa corta.)* Ah! se me olvidaba. En casa han estado de parte de usted, á llevar un medallon, que, francamente, siento no poder admitirlo... porque vale tan poco...

SOLEDAD. Cómo? ¿No puede usted ofrecer nada por él?

VENTUR. Nada: crea usted que si fuera posible....

SOLEDAD. Ay! Dios mio! Y yo que creia... ¿Pero no le han dicho con qué objeto empeñaba esa prenda, que es para mí sagrada?

VENTUR. Sí, que me lo dijeron; pero qué quiere usted... aquello no vale nada...

SOLEDAD. Lo sé, D. Ventura, lo sé. Pero yo esperaba que usted se compadecería del estado de mi pobre hija!

VENTUR. Ah! y lo siento; qué duda cabe...? ¡Vaya si lo siento! *(Pausa.)* Caramba ¿y su marido cómo no se procura trabajo en algo... en algo, que le proporcione medios para sostener sus obligaciones?

SOLEDAD. Bien se afana el infeliz por encontrar una ocupacion cualquiera; pero todo es inútil.

VENTUR. Querer es poder.

SOLEDAD. Lo que es en esta ocasion... *(Nueva pausa.)*

VENTUR. Es lástima que una mujer, con las bellas cualidades que usted atesora, pase esa vida de martirios... Quizás su marido no sepa estimar lo que usted vale....

SOLEDAD. ¿Y por qué? ¿Puede él acaso remediar nuestro triste estado?

VENTUR. *(Con intencion.)* ¿De manera, que usted soporta gustosa la situacion miserable en que se encuentra?

SOLEDAD. Gustosa, nó; pero sí resignada.

(Desde este momento hasta que declara su pasion á Soledad, debe D. Ventura dar mucha intencion á sus palabras.)

VENTUR. Por usted, lo comprendo; ¿pero, y por su hija...?

SOLEDAD. Mi Maria...! Bien sabe Dios, que solo por ella siento los males que nos rodean!

VENTUR. Lo creo. Ah! la pobreza..! ¡Qué horrorosas deben ser sus consecuencias..! Carecer en absoluto de medios con que atender á las más precisas necesidades de la vida..!

SOLEDAD. Si usted supiera qué horrible es vivir de ese modo...!

VENTUR. Debe serlo; y mucho más cuando se considera que el dinero lo consigue todo, todo... Ah! si usted fuese rica, qué pronto recobraría la salud esa pobre niña..! Es seguro que un cambio de clima y otro régimen de vida, conseguirian...

SOLEDAD. Tiene usted razon. ¡Pero á qué pensar en lo imposible!

VENTUR. Imposible, nó. ¡Quién sabe! Cuando parece más lejana la fortuna, tal vez está más cerca de nosotros.

SOLEDAD. Eso lo dirá usted por los dichosos de la tierra; no por los que nacimos para sufrir los rigores de la miseria!

VENTUR. Se engaña usted, Soledad. Usted quiere mucho á su hija, ¿no es cierto?

SOLEDAD. ¡Cómo nó, si es el alma de mi alma!

VENTUR. Pues de usted depende devolverle la salud y

hacerla dichosa, si ambas cosas pueden lograrse con dinero.

SOLEDAD. ¿Que depende de mí...? No lo entiendo á usted, D. Ventura.

VENTUR. Oigame usted, Soledad, y medite con calma antes de darme una respuesta. Yo soy rico, inmensamente rico. Pues bien: todos los bienes que poseo, los ofrezco á usted juntamente con mi corazon.

SOLEDAD. *(Levantándose.)* ¡D. Ventura!

VENTUR. Hace mucho tiempo, mucho, que la adoro; y cada dia crece en mi pecho el fuego de una pasion que...

SOLEDAD. Basta! basta! Ni una palabra más. *(D. Ventura se levanta.)* ¿Vé usted los sufrimientos que me agobian? ¿Concibe usted pobreza más grande que la de esta casa? ¿Cabe mayor desgracia que la mia? ¿Sabe usted lo que es sentir constantemente los ayes de una hija, del pedazo más querido de nuestras entrañas, que agoniza en el lecho del dolor, falta de lo más indispensable para la vida, sin luz, sin pan y sin abrigo? ¿Comprende usted lo horrible que es todo esto...? Pues si esta situacion de penalidades, se prolongára por una eternidad, toda una eternidad soportaría el peso de la desgracia; y al fin de la jornada, me creyera feliz, si al par de los sufrimientos conservaba tambien la dignidad de la mujer honrada!

VENTUR. Usted, sin duda, no ha meditado bien lo que la ofrezco.

SOLEDAD. La infamia!

VENTUR. Tal vez; pero con ella una fortuna.

SOLEDAD. No hay mayor fortuna que conservar limpio el honor. ¿Pero, qué estoy diciendo...? Usted no puede comprender lo que esto significa! ¡Qué entiende usted de honor...! ¿Qué vale eso? Nada, ¿no es cierto..? Usted tiene dinero: y para los seres degradados que como usted, viven en la opulencia, el dinero es el honor, y es la virtud, y es todo! Rendís culto tan solo, al dios del egoismo, padre universal del vicio... El dios *oro*,

al que colocais en lóbregos altares, allá en el fondo de pesadas arcas de hierro... Pues nosotros, los pobres, que estimamos la honra en lo que vale y tenemos fé y religion y caridad, adoramos al Dios Omnipotente que creó los mundos de la nada, y tiene por trono la inmensidad de los espacios! Con mi Dios, con mi honra y mi pobreza, me creo bastante fuerte para despreciar á usted, esclavo de un ídolo, cuyo poder tambien desprecio!

VENTUR. No hay que alterarse; no insistiré en mi pretension. Pero tenga usted en cuenta que su hija...

SOLEDAD. ¿Qué?

VENTUR. Sucumbirá, y usted pudiera evitarlo.

SOLEDAD. *(Con energía.)* A costa de mi honra no quiero yo la vida de mi hija!

VENTUR. Entónces, nada me resta ya que hacer aquí.

SOLEDAD. Sí, salga usted de mi casa, porque con su aliento corrompe el aire puro que en ella se respira!

VENTUR. Bien, señora, bien; no es para tanto...! ¡Qué demonio!... Si hoy piensa usted de ese modo, quién sabe mañana lo que sucederá...

SOLEDAD. Salga usted, se lo ruego!

VENTUR. Voy... voy... (Vanidad y pobreza... Pues señor, esta clase de virtud no la comprendo.) *(Vase foro.)*

ESCENA V.

LOS MISMOS, menos D. VENTURA.

SOLEDAD. Infame! ¡Qué alma tan ruin, que en vez de moverse á compasion, propone tales bajezas! ¡Ah! qué tremendo castigo debe reservar el Dios de las justicias, á estos seres depravados que insultan á la desgracia!... Y ese hombre que abriga sentimientos tan mezquinos, sin resto de pudor y falto de caridad, vive en la opulencia, acariciado de la fortuna, y rodeado de todas las

comodidades apetecibles... Y mi Alberto, mi Alberto de mi alma, en quien Dios puso todas las virtudes de un corazon honrado y noble, pasa la vida sufriendo las penalidades que trae consigo el infortunio y la miseria! ¿Por qué, Señor, permites que triunfe el vicio y la virtud sucumba? *(Dirigiéndose á la Vírgen, en tono suplicante.)* Ah! Madre mia! Apiádate de esta infortunada familia, y derrama sobre ella una mirada compasiva! ¡Piedad, reina de los cielos; piedad para estos seres que te adoran! ¡Salva la vida de mi hija; sálvala, y en cambio dispon de tu sierva como cumpla mejor á tu santísima voluntad!

MARIA. Madre..! madre..!

SOLEDAD. Ah! mi hija! *(Se aproxima á la cama.)* ¿Qué quieres, Maria? ¿Te sientes peor?

MARIA. Sí.... sí...! Esta opresion... el pecho...! La sed... me abrasa...! Dios mio...!

SOLEDAD. Vamos, cálmate, Maria. Pídele á la Vírgen que te ponga buena!

MARIA. Imposible...! Veo... próxima... mi muerte...!

SOLEDAD. Por Dios! no digas eso! Hoy el médico te encontró más aliviada. *(Llorando.)*

MARIA. Sí... sí... pero no llores!

SOLEDAD. No; si no lloro. Créeme, Maria, el médico asegura que estás mejor, y que Dios mediante recobrarás la salud.

MARIA. Ojalá...! Ay...! El pecho... el pecho... no... me deja... *(Se lleva las manos á los ojos.)* Qué... peso... en los ojos...! Siempre durmiendo...! Cuán... pronto... vendrá... el sueño... de... la... muerte...! *(Vuelve á quedar aletargada.)*

SOLEDAD. *(Llorando.)* Ay! Angel mio! Cómo presientes lo que á mí tambien el corazon me anuncia! Cuánto padeces, hija de mi alma! Y cómo por instantes van apareciendo en tu pálido rostro, las muestras inequívocas de tu cercano fin...! Ah! si fuera posible pasar á mis venas el fuego que por las tuyas circula...! Si pudiera arrancarte del pecho y llevar al mio esa agonía que acorta tu existencia...! Con qué placer soporta-

ría esos dolores, mil veces centuplicados, viéndote respirar libre de ellos! Ay! no puedo más! Mis fuerzas se debilitan, y siento que el espíritu desfallece! Ah! si el Señor se acordára de mí...!

ESCENA VI.

DICHAS y ALBERTO que entra precipitadamente demostrando agitacion. Soledad al verlo, corre á su lado y ambos quedan á la derecha.

SOLEDAD. Alberto! ¿Qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Por qué vienes así?

ALBERTO. Ay, Soledad! Que soy el más infortunado de los hombres!

SOLEDAD. Tranquilízate! ¿Qué nueva desgracia viene á aumentar las que ya pesan sobre nosotros..? Habla!

ALBERTO. *(Con amargura.)* ¿Qué quieres que diga? Que la fatalidad se empeñó en despojarme hasta de la honradez, único tesoro que conservaba oculto en el fondo de mi pecho!

SOLEDAD. ¿Pero qué causa?...

ALBERTO. Escucha. *(Se asoma á la puerta del foro y vuelve al lado de Soledad.)* Salí loco; corrí calles y plazas, sin encontrar persona conocida; cansado ya, quedéme parado y limpié el sudor que bañaba mi frente. A poco, cuando me disponia á recorrer de nuevo el camino de mi calvario, veo venir á un amigo y apresurado salgo á su encuentro. Contéle mi desdicha, compadecióse de nuestro estado, y hasta lloró conmigo...! A pesar de sus buenos deseos, no pudo socorrerme, y me despedí de él, presa ya de aterradores pensamientos...! El tiempo pasaba; pasaba y yo no dejaba de pensar en nuestra hija... Figurábaseme que mi tardanza en volver, tal vez fuera causa de que ella se agravára. La imaginacion me la presentaba tan hermosa y tan pura como es; pero pálida, demacrada, espirante... Sentia

por mis venas fuego, y mis ojos se nublaban y se oprimia mi pecho... Fija y tenaz, daba vueltas en mi cerebro una idea, que yo rechazaba, pero que poco á poco se apoderó de mí y me impulsó al abismo... *(Con creciente exaltacion.)* Sí, porque dominado por ella, parecíame que voz misteriosa gritaba en mi oido: «Tu hija se muere... la sociedad te abandona... roba... roba...» y robé! Ladron soy, ladron y no me pesa!

SOLEDAD. ¡Desdichado! ¿Qué has hecho?

ALBERTO. ¿Qué..? Vas á saberlo. *(Vuelve á asomarse á la puerta del foro.)* Ocultéme en oscura callejuela: á poco de estar en ella, pasa un caballero; me dirijo á él, sombrero en mano, y con toda la amargura del alma, le dí á conocer mi aflictiva situacion; y lágrimas, no sé si de vergüenza ó de dolor, se escapaban de mis ojos... Le pedí por Dios y por la salud de sus hijos una limosna, y aquél hombre... nó! aquella fiera, me despidió, diciéndome que trabajára, y me llamó perdido..!

SOLEDAD. Oh! pobre Alberto mio!

ALBERTO. «Es que mi hija se muere..! Que necesito dinero,—grité—y vais á dármelo, sinó de grado, por fuerza!» Y frenético, delirante, introduje la mano en su bolsillo, y tomé el dinero que llevaba...; pero muy poco, lo preciso, la cantidad mezquina que yo necesitaba. Lo demás... lo demás para nada me servia y se lo tiré al rostro!

SOLEDAD. ¿Y él...?

ALBERTO. Gritó, pidió socorro... Yo escapé corriendo como un demente hasta llegar aquí; pero al entrar en esta calle, parecióme notar que me seguía... *(Se asoma nuevamente á la puerta del foro.)*

SOLEDAD. Ocúltate, por Dios!

ALBERTO. Ocultarme...? jamás! Si me persigue, si llega hasta aquí y puede apreciar con todos sus detalles la triste realidad del cuadro que yo le pintára cuando llegué á pedirle una limosna, estoy seguro que se apiadará de nosotros, si puso Dios en él sentimientos de criatura!

SOLEDAD. *(Escuchando en el foro.)* Suben precipitada-

mente la escalera... Dios mio! Dios mio, compasion! (*Cae en una silla y oculta el rostro con las manos.*)

ESCENA VII.

DICHOS y D. VENTURA acompañado del INSPECTOR. D. Ventura queda en la puerta del foro; el Inspector penetra en la habitacion.

VENTUR. Ah! por fin! ¿No os lo decía yo? Estaba seguro de haberle visto entrar. (*Señalando á Alberto.*) Ese es el ladron!

ALBERTO. (*Con amargura.*) Oh!

INSPECT. (*Dirigiéndose á Alberto.*) Ya lo oís. Este caballero os acusa...

ALBERTO. De ladron! No lo niego; yo he sido quien le ha robado.

SOLEDAD. (*Con angustia.*) Dios mio! (*Se levanta.*)

INSPECT. Tal cinismo...

ALBERTO. Cinismo, nó! ¿Qué quereis que diga..? ¿A qué añadir la mentira á la indigna accion que he cometido, impulsado por la fuerza de fatales circunstancias?

VENTUR. Las circunstancias...! El recurso de todos los malvados!

INSPECT. Pues disponeos á seguidme!

VENTUR. Sí, llevadle al Juzgado, y que responda allí de su criminal hazaña!

SOLEDAD. (*Dirigiéndose al Inspector.*) ¿Mi marido al Juzgado..? Ah! nó, imposible! Os lo juro, señor, no es criminal, es desgraciado!

VENTUR. (*Adelantando algunos pasos, pero sin separarse mucho de la puerta del foro.*) Su marido, señora, es un ladron: y un ladron que confiesa su crímen, con un descaro del que no hay ejemplo!

SOLEDAD. ¿Y es usted quien lo acusa...? ¡Quién más infame, ni más ruin, ni más ladron que usted!

INSPECT. Señora! } (*Ambas exclamaciones, casi simul-*
ALBERTO. Soledad! } *táneas.*)

SOLEDAD. Usted, que hace muy poco tiempo estuvo en esta casa, y en vez de apiadarse de la pobre ma-

dre, que junto á la cama de su hija enferma, desolada lloraba, le propuso una infamia, que hasta recordarla causa espanto! Y quien tal hace; quien cree que basta un puñado de oro para empañar una honra limpia de toda mancha, llama ladron á un hombre que ha vivido siendo modelo de virtud, y que comete un delito en el vértigo de la desesperacion...? ¡Quién más ladron, repito, que usted, ni quién más bajo, ni quién más miserable!

(*D. Ventura queda anonadado; el Inspector le mira fijamente.*)

ALBERTO. Pero, ¿que estás diciendo...? ¿Ese hombre...?

SOLEDAD. Ese hombre, á quien tú robaste, estuvo aquí hace poco á ofrecerme la deshonra!

ALBERTO. Ah! reptil! (*Se precipita sobre D. Ventura; éste huye; Alberto le sigue, cerrando tras sí la puerta del foro.*)

ESCENA VIII.

SOLEDAD, MARIA y el INSPECTOR. El Inspector escuchando en la puerta del foro. Soledad al lado de la cama.

INSPECT. (*Empujando la puerta.*) Ha cerrado por fuera... Yo le juro que tal atrevimiento ha de costarle caro!

MARIA. Ese ruido...

SOLEDAD. No es nada; es en la habitacion próxima...

(*Maria tose repetidas veces; la tos debe ser seca y apagada.*)

INSPECT. (*Escuchando.*) Se oyen voces... parece que disputan...

MARIA. (*Con voz sumamente débil.*) Madre... me... ahogo...! Estas.... fatigas.... el pecho.... aquí.... aquí...! (*Se lleva las manos al pecho.*)

SOLEDAD. (*Llorando.*) Hija de mi alma!

INSPECT. Han cesado los gritos... Se sieten pasos... Vienen...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y ALBERTO, que se presenta en actitud descompuesta y con el traje y el cabello en desórden.

INSPECT. Al fin! (*á Alberto.*) ¿Qué ha sucedido?

ALBERTO. Lo que era inevitable! Pensó escapar, librarse de mi venganza.... pero nó! Pude alcanzarlo al llegar á la escalera... y lo agarré convulso por el cuello...! Miré un momento aquellos ojos, que antes se fijáran con impúdica codicia en la mujer que idolatro: contemplé aquellos lábios, de donde brotaron palabras asquerosas, lanzadas con el propósito de manchar mi honra...! Toda la hiel, toda la rábia de un condenado, se apoderó en aquel momento de mi ser... y apreté, apreté ambas manos sobre su cuello, hasta que ví cerrarse para siempre aquellos ojos, y sentí que el frio de la muerte se apoderó de aquel pedazo de materia impura!

SOLEDAD. (*Que ha escuchado con interés creciente el relato de Alberto.*) Jesús! Jesús mil veces!

INSPECT. ¿Le habeis muerto?

ALBERTO. Muerto, sí! ¡Pero qué poca vida le dió Dios al miserable!

MARIA. Madre... siento... frio...! mucho... frio...!

SOLEDAD. (*Besándola.*) Hija mia!

INSPECT. (*á Alberto.*) Ah! vuestro castigo será horrible!

ALBERTO. ¡Qué mayor castigo que el sufrimiento de mi alma!

MARIA. Me... muero...! Dios... mio... perdon... ¡Ah...! (*Muere.*)

SOLEDAD. Hija, hija de mi alma! Alberto...! Jesús...! Muerta! (*Se arrodilla llorando é inclina la cabeza en la cama.*)

ALBERTO. (*Corriendo al lado de su hija.*) ¿Qué has dicho? ¿Muerta? Imposible...! Imposible...! (*Incorpora á María y la tiene entre sus brazos mirándola aterrado.*) María..! María...! (*Queda como pretendiendo oir la voz de su hija.*) ¿No me contestas..? ¿Por

qué no le contestas á tu padre...? ¿Será verdad, Dios mio..! Oh! sí, sí, es cierto! Muerta...! muerta...! (*La suelta de sus brazos en un brusco movimiento y se retira de la cama horrorizado. Desde este momento se manifiesta la locura en este personaje.*)

INSPECT. (*Aparte.*) (Desdichada familia!) (*Dirigiéndose á Alberto.*) Vuelvo á exigirle, en cumplimiento de mi deber, que me acompañe al Juzgado.

SOLEDAD. (*Levantándose, pero sin separarse de la cama.*) Sí, os acompañará; irá donde vos querais...! Al Juzgado, á la cárcel, al presidio...! Y yo con él, con él á todas partes..! Si Dios, único juez infalible, nos castiga con la pena más horrenda, con la muerte de nuestra hija, es que nos considera culpables en su infinita sabiduría. Debe, pues, caer sobre nosotros, al par que las iras divinas, el rigor de las leyes de los hombres!

(*Alberto pretende hablar y no puede. Gesticula, cruza las manos en ademan suplicante, eleva la mirada al cielo y cae en el sillon lanzando una fuerte y prolongada carcajada nerviosa. Soledad y el Inspector corren á su lado.*)

INSPECT. ¡Infeliz! Ha perdido la razon!

SOLEDAD. (*Cayendo de rodillas.*) Misericordia, Señor, misericordia!

FIN DEL DRAMA

Obras del mismo autor

(1) *Pobre madre!*.....	drama	en	1	acto,	verso.
Los Liberales.....	parodia	»	1	»	»
Un negocio á cara y cruz.....	juguete	»	1	»	prosa.
No cabiamos en casa.....	»	»	1	»	»
Escuela realista.....	»	»	1	»	verso.
Se aguó el viaje.....	zarzuela	»	1	»	prosa.

(1) En colaboracion con el Sr. Martinez Barrionuevo.